

Balada del árbol

(Excerpt in Spanish)

Translated by: David Heredero Zorzo

Contact of the translator: davidherederozorzo@gmail.com

Desde aquella cena todo fue diferente en nuestra familia. Hablábamos. La mayoría de las conversaciones en la cena (y en otros momentos, también) giraba en torno a los planes para la mudanza. Papa ya había enviado algunas solicitudes para nuevos negocios y debatía sobre las respuestas con viveza y gran ardor; después de las primeras negativas, estaban llegando invitaciones para reuniones y era optimista. Mama presentaba cada noche la oferta de pisos en fotocasa punto com. Hablábamos sobre nuestras posibilidades económicas y me gustaba que Ina y yo pudiéramos expresar nuestra opinión. Pero si alguna decía: «Pfff. Vaya...», había que argumentarlo. ¿Qué es «Pfff. Vaya...»? ¿Qué no te gusta? ¿Por qué? ¿Propones algo mejor?

Yo vivía en una especie de estado de excitación intermedio. Seguía viviendo como si nada hubiera cambiado. Pero podía vivir de otro modo. Ya no me afectaba tanto si algún compañero de clase soltaba algo delante de mí o a mis espaldas. Me erguí, ya no caminaba encogida ni contemplando desde abajo tras mis gafas. Acumulaba las mejores notas posibles para que fueran un buen punto de partida para un colegio de Liubliana. Incluso pasó que esa primavera recibí el premio más prestigioso de Europa para jóvenes músicos y, con ello, le traje fama a mi escuela de música e incluso a mi colegio. A final de año me nombraron alumna del año. Recibí un reconocimiento del alcalde. Y nada dije de que nos íbamos a Liubliana. Solo en mi interior acariciaba esta posibilidad como la salvación. Maja y su viejo casi me hacen picadillo con sus palabras envenenadas. Mis compañeros de clase no tenían una palabra amable para mí, ni palabras de elogio ni de ánimo, ni siquiera críticas. La tutora expresó algunos clichés, igualmente el director. Me daban igual. Quería alejarme de ellos cuanto antes.

Escuchaba las propuestas de nuevos pisos de mama con total concentración. Ya desde un principio tendríamos nosotras dos cada una nuestra propia habitación. Por un instante, un vacío en el corazón: ¿cómo saldré adelante sin Ina? Y el siguiente pensamiento: necesito urgentemente una habitación propia. Debo por fin esconderme y descubrir quién soy, qué me gustaría hacer en la vida.

La mudanza no fue tan simple como presagiaban los primeros planes. Es que la vida nunca es tan simple como deseamos. En cualquier caso, papa consiguió obtener algunos negocios en

Liubliana, a causa de lo cual iba más a la capital; igualmente mamá trabajaba más. Era como si ambos hubieran adquirido nuevos bríos. Justo igual que yo. Solo que ellos también hablaban de ello.

Acordamos que alquilaríamos un piso en Liubliana durante el verano y, al mismo tiempo, buscaríamos una vivienda apropiada para siempre. Cuando encontrásemos algo apropiado, nos pondríamos a vender el nuestro de Primorska. Por si acaso, no nos dieron de baja en el colegio. ¿Qué pasa si algo sale mal?, dijeron. Se me compungió el corazón. ¡Oh, ojalá que no! Oh, que todo discurra como debe y en septiembre vaya a noveno en un colegio nuevo. En una ciudad nueva, en un entorno nuevo, con gente nueva.

El piso de alquiler que conseguimos por tres meses, desde principios de julio a finales de septiembre, estaba en Koseze, en los llamados pisos aterrizados. Un piso de una habitación con luces parpadeantes, sillones enormes y reproducciones plastificadas de cuadros en las paredes. En la cocina, alrededor de una mesa, había cuatro sillas diferentes.

Tres años después me enteré de que ya entonces vivía en el bloque de al lado el chico que me cambiaría la vida, Majk.

Solo yo tenía habitación propia. Ina dormía en el salón con nuestros padres. Por el violín, dijeron, que estuviese sola para poder ensayar. Eso no fue una buena idea. Así, estuve sola ya desde los primeros momentos de mi vida en Liubliana. No podía dormir hasta bien entrada la noche de las expectativas sobre cómo iría todo. A veces Ina venía por las noches hasta mí y dormíamos juntas unas horas. Gracias a su cuerpo sudoroso y el olor conocido, podía dormirme. Por la mañana deambulaba de vuelta al salón sin que se despertara ninguno de nosotros.

Ya la segunda semana de julio me fui por segunda vez a Hvar, en esta ocasión con el nuevo profesor, Nikita, ya confirmado. Primero, se enfadaba conmigo sin cesar. Lo hacía todo mal. ¿Cómo colocas brazo? No ese, otro, ¿cómo se dice?, derecho. ¡*Andante*, pone! ¿Cómo ha enseñado a ti tu profesor? Hasta mañana solo ensaya esta línea. Pero ya estaba acostumbrada a estos refunfuños, también Vili empezó así conmigo. Ambos eran completamente inofensivos y bienintencionados en su encrespamiento.

En Hvar no tenía a nadie. Los demás se conocían mejor entre ellos, se juntaban, caminaban por el paseo marítimo y se iban a bañar juntos. La primera vez que me invitaron a ir con ellos me quedé petrificada y me excusé con que tenía mucho trabajo. La segunda dije que iba más tarde y luego no aparecí. A la tercera ya no me invitaron. Entonces, me quedé sola. Sentía en mí sus miradas burlonas, barruntaba sus chismorreos a mis espaldas. Pero yo sola tenía la culpa, si

bien entonces no quería reconocérmelo. La culpa era un demonio en mi interior llamado miedo. Para no sentirme decepcionada con ellos, ya desde el mismísimo principio me cerré en mi oscuridad. El árbol estiraba sus ramas, escondiéndome bajo sí, también ahora que había oído el mundo desde fuera, como si le ocurriese a otros y no a mí. Lo primordial es que tuviera el violín. A veces me parecía que yo ya no existía, que solo existía el violín. Que yo misma me había convertido en el violín, quien podía decirlo todo, y ello en toda su belleza y perfección, porque el mundo en el que quería vivir era perfecto como la armonía de los acordes.

Desde casa me avisaban de cómo avanzaban con la búsqueda. O mejor dicho, de cómo no avanzaban. Los pisos en Liubliana eran o un agujero negro o groseramente caros. A veces iba con ellos también Aco, un primo de papa arquitecto. Raramente le parecía alguno de los pisos comparable con su precio o la oferta. Ina estaba de vacaciones con el abuelo y la abuela y mama y papa iban a ver pisos. Por la noche volvían agotados y hartos de todo. Temía que en algún momento uno o el otro dijera: «No tiene sentido, nos quedamos en Primorska».

Los tres vinieron a Hvar al concierto de clausura. Aunque me parecía que no me iba a llevar bien con Nikita y aunque los demás músicos me miraban con frialdad, con los ojos entornados del desprecio, me pusieron en el concierto como última, el número más importante. Lo toqué de manera brillante. *Romanza andaluza*, de Pablo de Sarasate, con furiosas sacudidas y la fuerza pasional del individuo. Cuando era así, me parecía que el violín echaba unas raíces en mi interior que se entrelazaban con las del árbol. Mi violín y yo. No necesito a nadie más.

Volvimos a casa despacio, como mucho hacíamos dos horas de coche al día. Cada noche dormíamos en un camping diferente. No me preguntaron nada, nada les dije sobre cómo había ido. Me habían visto en el concierto de clausura y eso era suficiente para ellos. Tampoco yo les pregunté. Veía sus cansados ojos y eso era suficiente para mí. Me iba a nadar lejos de la costa y le decía al mar en voz alta lo que deseaba. Me gustaría empezar de nuevo. Me gustaría tener compañeros de clase amables. Me gustaría tener buena compañía en la escuela de música. Me gustaría saber qué quiero y de qué soy capaz. Me gustaría que fuese diferente a como había sido en Primorska. Hablaba a las olas como a formularios de solicitud y creía en un nuevo comienzo.

Me doy cuenta de que he girado desde la calle principal en dirección a mi antiguo colegio. Por mucho que sueñe con andar por caminos desconocidos, mis pasos me llevan y una otra vez por el viejo camino. Se despierta en mí la sensación de malestar que acompañaba mis pasos en mi camino mañanero a la escuela hace tres años largos. Hasta que Saba intercedió por mí.

Saba. Pulso en nuevo mensaje. *¿Dónde estás? Yo estoy en el centro. ¿Quedamos?*

Sigo recto por la calle y vuelvo a pensar en aquellas primeras mañanas de otoño, en tan grotesca disonancia con las expectativas de antes. Y, después, en el cambio que provocó Saba cuando domó a la manada de hienas esa. En el bolsillo zumba un mensaje. *Tngo examen d mates la 3 hora, tngo q recuperar 1 suspenso. Luego voy a las 11 o asi. Espero q sigas n el cntro. T llamo. Kedamos dnd antes. Sorry.*

Pero, ¿qué perdón ni qué leches? ¡Que vienes, Saba! ¿Cómo es que se puede contar contigo siempre? Viene. Va a hacer pellas para verme. Le respondo: *Guay, llama cuando llegues, suerte con las matemáticas.*

Veo el colegio a lo lejos. Los niños ya están en él, no hay nadie en ningún lado, obviamente ya han empezado las clases. Solo una mujer mayor lleva muy despacito a un niño hacia el colegio. El chiquillo galopa, la mochila salta sobre sus hombros. Va a llegar tarde, pero a él y a ella les da igual. Giro para alejarme del colegio, hacia la estación de tren. A lo mejor me voy a algún sitio. Allí donde aún no haya estado. Cuento en mi mente el dinero que tengo en el monedero. No tengo suficiente, no llegaría ni hasta Jesenice; además, que ni es suficiente para volver. A no ser que me esconda en el aseo. Los labios se me deforman en una sonrisa. ¡Eso sería realmente algo nuevo, nada típico de Ada!

El móvil zumba de nuevo, un nuevo mensaje. Me sobresalta cuando veo el nombre. Val.

Yo toy en el insti y tu no e venio por ti

Lo llamo. Responde cuando ya casi he colgado.

—¿Sí?

—Val, estoy en el centro, en el casco.

—¿Y eso por qué? ¿Tienes música? ¿Estás en el médico?

Oh, Val, mi querido amigo, ¡qué bien me conoces!

—No. Estoy en el centro así porque sí. Haciendo pellas.

¡Con que facilidad me sale esto de la boca! Como si estuviera acostumbrada a ello. Como si se diera por hecho.

—Voy. Mira, ya me voy —decide Val en el siguiente instante—. Estaré allí en una media hora.

¿Dónde vas a estar?

Quedamos para vernos en el ancla. Cuando el teléfono se calla, analizo la voz de Val. Sigue sin ser el Val de verdad, el de antes. Unas vocales largas y graves, la velocidad iracunda de las

respuestas. Nada de sarcasmo o guasa. Pero quiero verlo, oír sus palabras, hablar con él. Y ahora va a venir.

Intento meterme en los pensamientos de Majk del lunes por la noche. Tal vez aquella noche ni se acostara. Quién sabe lo que desvarió la noche entera. En qué abismos cayó. En qué pensaba con ese último SMS suyo.

Mañana estaré antes que tú en el insti. StM.

¿Fue esto un anuncio sarcástico, con odio? ¿Una venganza por no escucharlo más? ¿O acaso un momento de luz y amor, la fase de calma antes de unas nuevas tinieblas? Así era cuando le daba. Podía permanecer largo tiempo en el fondo, sin poder rehacerse. Pero podía cambiar el punto de vista en un instante y ser capaz de superarlo, sonreír, tener nuevas ideas, ponerse otra vez cariñoso y optimista del todo.

Estas dos opciones son diametralmente opuestas. Si en su mensaje ya estaba forjando su venganza, su decisión se entretejió con el desamor. Con la aversión hacia mí. Pero si tuvo un rayo de tranquilidad, se despidió de mí con amor. Pero, luego, se olvidó de ello. Y en la nueva ola de sufrimiento ya no pensó más en mí.

Nunca lo sabré.

Sea como sea, al insti llegó realmente antes que yo.

StM. Siempre tuyo, Majk.

Otra vez me quiere abordar la rabia. No quiero someterme a ella.

—Entonces no pensaba ni en ti ni en mí, Ada —dice finalmente Val, coge una piedra y la tira al agua. Como si me leyera el pensamiento—. No pensaba ni en él mismo entonces.

—Sé demasiado poco de Majk —reconozco—. Ni sabía que rumiaba en sus pensamientos la idea de morir, aunque hablábamos mucho sobre ello. Quería hablar de ello, eso sí, le interesaba. También del suicidio, pero de los de otros, los de la literatura o la historia. Qué formas había de suicidarse, por qué la gente se mataba. Solo ahora comprendo por qué todo eso le interesaba tanto. Entonces estaba un tanto nervioso, furioso con los que se habían quitado la vida. Probablemente también por su padre. Y yo no hablaba mucho. Es que... sé demasiado poco sobre el suicidio.

—A mí tampoco me habló nunca de suicidarse. Sí, había debates sobre si tenía sentido vivir. Y para qué, eso sí. Y que en el mundo había mazo injusticias. Y que en la vida era difícil tomar la

decisión correcta. Pero eso no eran debates sobre acabar con su vida o no. ¡Que no todo está tan jodido! ¡Que, a pesar de todo, una vez va todo parriba y otras pabajo! Que a veces dices que algo es para diñarla, pero... no lo dices en serio. Y él va y se pega un tiro.

—Del mismo modo que su padre...

—¡Ver para creer! Sí, me acuerdo cómo fue todo cuando su viejo se suicidó. Pero él era un pesado. Tenía algunos traumas de la guerra esa de allí de Dalmacia, porque lo habían obligado, aún jovencísimo, a disparar a gente, incluso a sus propios vecinos. Joder, de verdad. Y a eso su viejo probablemente no se pudo sobreponer y se suicidó. Majk entonces se derrumbó del todo. Estábamos en tercer curso. Mucho tiempo no fue al colegio, es que no podía. Le llevaba a su casa los cuadernos para que se los copiara e hiciera los deberes. No quería jugar, no quería hablar. Un tiempo hasta tartamudeó. De verdad que estaba hecho una verdadera piltrafa. ¡Hostias, y luego él va y hace lo mismo!

El vocabulario de Val siempre golpea mis oídos con toda su brutalidad. Pero ahora con sus palabras dibuja toda la mierda que nos ha pasado y estamos experimentando ahora.

El teléfono me vibra en el bolsillo. Miro la pantalla. Ina. *No estás en el insti, ¿dónde estás?*

—Perdona, tengo que responder a mi hermana.

En el casco. Tengo que arreglar unas cosas, todo está bien. Ahora estoy hablando con Val.

La respuesta llega volando un instante después. *OK. Cuidate.*

Lo haré, hermanita querida. A partir de ahora incluso más, porque estoy otra vez sola.

—¿Sabes lo que creo? Que se perdió del todo. Que ya no veía el camino para seguir adelante.

La idea de Val me sorprende. Y tranquiliza. Así de sencilla es. De nuevo callamos largo rato.

Se abre la puerta del dormitorio de Darja, el corazón me empieza a latir fuerte del apuro. Una mujer mayor entra muy despacio en la cocina. Me imaginaba a la yaya de Majk distinta, como una señora mayor de las que veíamos en Dalmacia encogidas y vestidas de negro cuando íbamos a la playa. Pero hacia nosotras se dirige una señora arreglada de pelo canoso recogido suavemente en un moño. Un collar de perlas le decora el ajado cuello. No va vestida de negro, sino con una blusa lila pastel y unos pantalones azul oscuro.

—Je li to Ada?¹ —Se nos acerca y me mira con amabilidad.

¹ ¿Es esta Ada?

Asiento, me levanto y quiero estrecharle la mano, pero ella me abraza y permanece así, tanto que puedo oler un lejano aroma a lavanda y limón.

—E, moja Ada, što se to tebi dogodilo...² —murmulla, y me acuna en su abrazo.

—Pero si nos ha pasado a todos... —Me retiro—. También a usted. —Clavo la mirada en sus ojos oscuros. Obviamente Majk los heredó de su abuela.

—Pa da, svima nama, to ti je užasno. Ali Darja i ti... najviše je to vaša bolest. —Ahora me agarra de las manos—. Ali znaj, zbog tebe je bio Majk sasvim drugi čovjek. Sasvim drugi, svijetio je kao sunce!³

—También él me cambió a mí. —Sonrío con amargura.

—I sad, sa tim odlaskom, još više. —Se asiente a sí misma y la pena le humedece los ojos—. I ova kuća će biti prazna, Darja⁴. —Suspira hacia su nuera.

—De verdad que no sé qué voy a hacer ahora —reconoce Darja, y permite que los ojos se le vuelvan a llenar de lágrimas—. Probablemente me pasaré los días enteros en el trabajo. Y qué hago si no...

—Ma nemoj, milo moje. —La yaya se acerca a ella—. Svit će se vrtit dalje!⁵

—¿Y qué si el mundo sigue girando? Yo ya no lo querré ver. No tengo a nadie. Ninguna alegría ya. Ni siquiera quiero viajar ya. Además que... ¿quién vendrá conmigo ahora de viaje?

—¿Y quién vendrá conmigo? —me oigo decir. Ha salido zumbando de mí.

—Pa idite vas dvoje zajedno!⁶ —concluye con simpleza la yaya, y coge una cucharada de sopa.

Darja y yo nos miramos. Y nos sonreímos la una a la otra a través de nuestros ojos húmedos.

—Pues es verdad —dice Darja—. ¿Vendrías conmigo? ¿A Irlanda? ¿A Madagascar? ¿A algún sitio más?

—Iría. —Me maravillo de lo rápido que lo he dicho. Así de simple es esto. Alguien te invita y tú aceptas, porque te resulta cercano y digno de confianza y sabes que te sentirás bien en su compañía.

² Ey, Ada mía, qué es esto que te ha pasado a ti...

³ Es verdad, a todos nosotros, esto es realmente terrible. Pero Darja y tú... lo peor es para vosotras. Pero debes saber que gracias a ti Majk era una persona totalmente diferente. Una persona diferente, ¡brillaba como el sol!

⁴ Y ahora, con esta partida, aún más. Y este hogar estará vacío, Darja.

⁵ De ningún modo, querida mía. ¡El mundo seguirá girando!

⁶ ¡Pues id vosotras dos juntas!

—Eto, vidite, samo da se ide naprijed —asiente la abuela de Majk—. I doći ćete kod nas na Brač, zajedno ili svaka za sebe. Moja kći i moja unučica. Što ćemo, živit se mora!⁷

Estas palabras suenan fuera de lo común. Al fin y al cabo perdió un hijo. Y ahora un nieto. Quizás justo por ello soporta el dolor tan estoicamente.

Miro el reloj de la pared. De repente, deseo llevar una vida normal. Un ritmo que sea duro, demasiado rápido, que apenas lo sigas, pues tiene tantas rutinas diarias. Las clases están acabando. Empieza la tarde. Tengo que cobijarme en mi guarida.

⁷ ¿Lo veis? Solo que se siga adelante. Y vendréis a nuestra casa en Brač, juntas o cada una por su cuenta. Mi hija y mi nieta. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Hay que vivir!